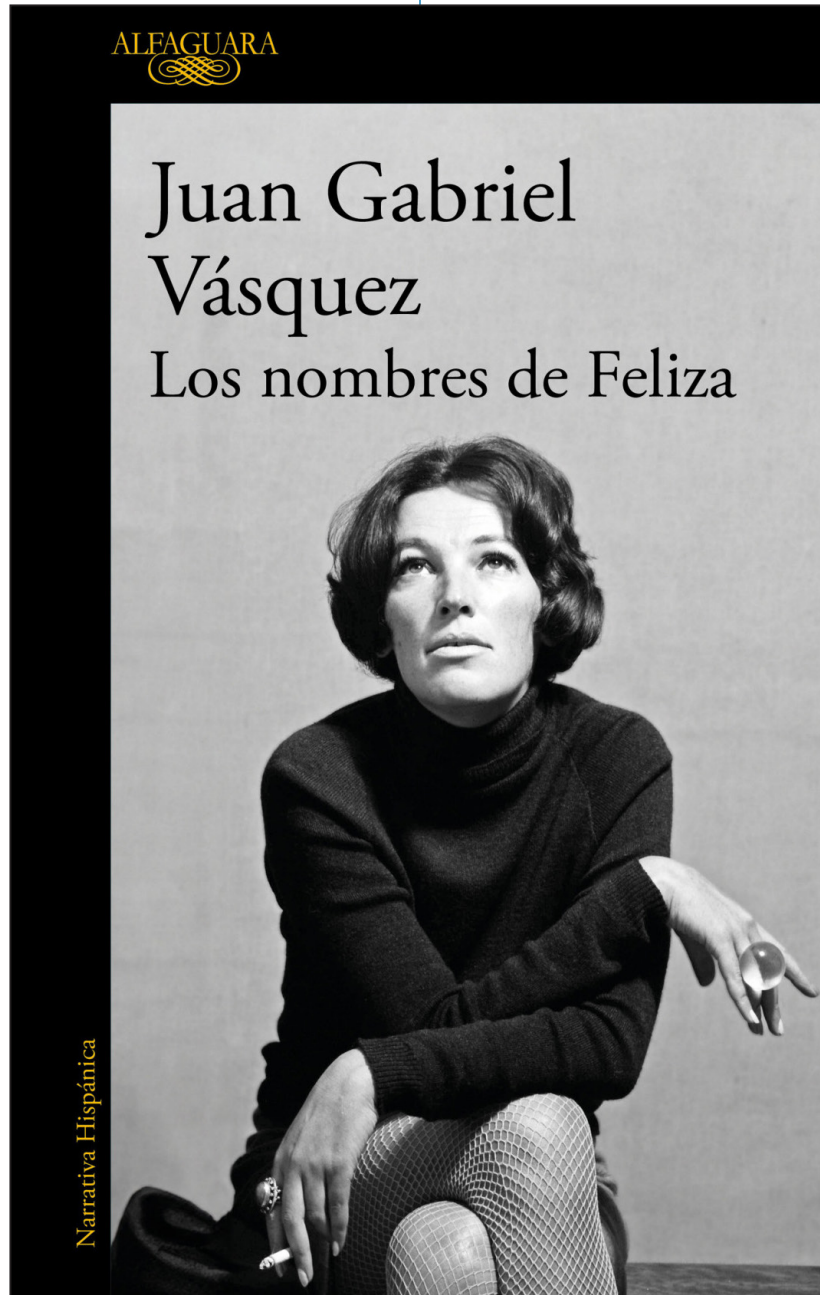




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

El 8 de enero de 1982, la escultora colombiana Feliza Bursztyn murió en un restaurante de París. Tenía cuarenta y ocho años, y hacía 166 días que se había visto obligada a abandonar Bogotá para exiliarse en la capital francesa, pasando antes por México. En el momento de su muerte repentina la acompañaban su marido, Pablo Leyva, y cuatro amigos. Uno de ellos, el escritor Gabriel García Márquez, publicó doce días después un artículo en *El País* que incluía tres palabras en apariencia simples, pero misteriosas en el fondo: «Murió de tristeza».

Son esas palabras las que, en 1996, llaman la atención de Juan Gabriel Vásquez, que se pregunta qué provocó una tristeza tan grande que acabara causando la muerte a Feliza. Un interrogante que lo lleva a investigar, durante años, la vida de una artista que desafía las normas y

mandatos de su época con sus esculturas de materiales no convencionales y una búsqueda constante de la libertad. Hija de un matrimonio de judíos polacos expatriados en Colombia, iba a llamarse Feigle —*pajarito* en yiddish—, pero sus padres, finalmente, escogieron Felicia para evitar que tuviera que deletrear su nombre cada vez que se presentara. Los cambios de grafía y las erratas, sin embargo, acompañan desde muy temprano a una joven de origen burgués que, en la adolescencia, fue enviada a Nueva York para terminar sus estudios y escapar del clima tenso que se vive en las calles de Bogotá a finales de los años cuarenta. Vuelve a su país algunos años más tarde, con tres hijas pequeñas y un marido norteamericano que aspira a tener a su lado a una esposa discreta y hogareña, más parecida a la jovencita despistada

que conoce en Nueva York que a la mujer en la que se transforma Feliza cuando empieza a frecuentar los circuitos artísticos bogotanos, que le hacen desear dos cosas: pintar y tener una vida además de la familiar. El matrimonio, que en su inocencia de joven rebelde, Feliza había imaginado como una vía hacia la libertad adulta, se revela jaula y tiene un violento desenlace cuando ella se enamora del poeta Jorge Gaitán Durán y deja a su marido. En un gesto de venganza, él se lleva a sus hijas a Estados Unidos, y estalla un escándalo que provoca un cisma en la familia Bursztyn: es declarada «oficialmente» muerta en un funeral simbólico organizado por su padre, pero esta ceremonia lo que provoca es, en realidad, un renacimiento de Feliza en París, donde se instala junto a su amante, estudia arte con Ossip Zadkine y comienza a explorar las posibilidades escultóricas de los metales y de la chatarra, utilizando técnicas y materiales poco frecuentes para las artistas. Sus hijas están lejos, en Cuba la revolución triunfa, las polémicas tensan posiciones entre los intelectuales colombianos, y como dice Jorge, el mundo hiere, pero ella no puede sentirse más feliz siendo dueña, por fin, de su vida. Y la felicidad dura hasta que, con pocos días de diferencia, su padre y Jorge mueren; su familia, o lo que queda de ella, se disgrega una vez más; y ante una existencia sin ataduras, construir una casa taller en el antiguo garaje de su padre se vuelve una forma de arraigo.

De regreso en Colombia, Feliza empieza a exponer su obra, a despertar el entusiasmo de algunos críticos y los du-

ros comentarios de los más conservadores, y a desconcertar con su sarcasmo, sus respuestas crípticas a los periodistas que van a entrevistarla y sus poderosas carcajadas. Son años de creación, de grandes amistades, de viajes y de debates políticos en torno a la revolución cubana, la guerrilla y la legitimidad de la lucha armada. También es el momento en que Feliza encuentra también un nuevo amor, Pablo Leyva, mientras el país enlaza un conflicto tras otro, la violencia siempre en aumento, hasta que, bajo el gobierno de Julio César Turbay, las calles se militarizan y a muchos intelectuales no les queda otro camino que tomar la vía del exilio. En julio de 1981, un grupo de militares allana la casa de Feliza y Pablo, se llevan algunas fotos traídas de Cuba y una vieja pistola inutilizada, y detienen a la artista, que una vez liberada recibe una orden judicial por tenencia ilegal de armas. Lo que sigue es el exilio y, tan solo unos meses después, la muerte en París una noche de enero en la que se esperan nevadas.

Cuatro décadas más tarde, en una habitación pequeña de París, Juan Gabriel Vásquez da vueltas alrededor de Feliza, o su fantasma, y del trágico día de su muerte, intentando descifrar el sentido de las palabras escritas por García Márquez y, en el proceso, reconstruir la biografía de la artista apoyándose en documentos, testimonios de amigos y conocidos, y sus largas conversaciones con Pablo Leyva. De esta investigación, donde realidad y ficción se funden, surge el retrato de una mujer extraordinaria y de una vida que, inevitablemente, se ve arrollada por las fuerzas de la historia.

CLAVES DEL LIBRO

Desde el día en que leyó el nombre de Feliza Bursztyn en un artículo escrito por Gabriel García Márquez, la historia de esta artista comenzó a perseguir a Juan Gabriel Vásquez, primero como una pregunta abierta, y con el correr del tiempo, como la posibilidad de escribir sobre ella. A lo largo de muchos años, se dedicó a reunir documentos y entrevistarse con las personas que estuvieron cerca de ella, pero a medida que se sumergía en la investigación los interrogantes empezaron a sucederse, y entender la muerte de Feliza, y también su vida, se convirtió en una tarea difícil. Veintiocho años después de aquel día en que lee esa frase que capta su atención, el autor colombiano, una de las grandes voces en lengua castellana, termina de escribir en París una novela con base real que, en la estela de obras como *Volver la vista atrás* y *La forma de las ruinas*, desdibuja los límites entre lo real y lo imaginado para contar una vida excepcional.

Tras la muerte prematura de Feliza, su madre escribe una breve biografía acerca de ella en la que la define como un libro abierto: nada más alejado de la percepción de Vásquez, que ve en la artista a un personaje complejo que la prosa no consigue capturar, o al menos, no al completo. A través del ejercicio de memoria que emprende Pablo Leyva durante los encuentros con él, el autor reconstruye el último día de Feliza, una gélida jornada de enero que, vista en perspectiva, parece estar salpicada de pistas que anuncian el inminente desenlace de una vida empujada al aislamiento, a la precariedad y a la tristeza cuando el exilio se impone como la única salida. Acostumbrada a rodearse de amigos y, en palabras de su marido, a enamorarse de la gente, Feliza se ve condenada al ostracismo —«Es como si yo fuera una apestada», dice cuando la situación política provoca que casi nadie esté dispuesto a ayudarla o reunirse con ella—, y lejos de su hogar, cada posesión,

foto u objeto traídos desde Colombia contiene el recuerdo de una existencia pasada a la que no cree poder regresar. El exilio es un tiempo de angustia e incertidumbre, y a su vez, una forma desafortunada de continuar con una historia familiar hecha de éxodos, viajes transatlánticos y familias atomizadas por las circunstancias históricas. Y también de casualidades, aquellas que llevan a Feliza a preguntarse sobre las posibilidades que no se dieron: una especulación que, tarde o temprano, ronda a todos, pero que en el caso de esta mujer de origen judío cobra un sentido más concreto: el del azar vuelto línea divisoria entre la muerte más brutal y la supervivencia. Para alguien que lleva el desarraigo inscrito en su genealogía, pensarse bogotana y echar raíces en la casa taller es un modo de contrarrestar un legado de itinerancia que, sin embargo, está destinado a continuar su curso, con sus hijas viviendo en otro hogar y otro país, su madre y hermana emigrando a Israel, y luego a Estados Unidos, y ella, finalmente, exiliándose en París, donde la idea de no poder volver nunca a Colombia se cruza, estremecedora, como una posibilidad.

Los últimos días del exilio en París, que Vásquez recrea guiado por los recuerdos de Leyva, hablan de ese desarraigo que corre, de alguna forma, por la sangre de Feliza, de ese anhelo de volver a una casa, o país, que ya no se sabe si existe, y de una necesidad de indagar en las raíces y en un pasado que, como una extensión de la propia biografía, se busca en el monumento a los deportados o en una fotografía de su abuelo que se ha quedado en Colombia. Pero esos días son el epi-

sodio final de una vida atravesada, por encima de todo, por el deseo de libertad. «Lo que más me gusta en el mundo es la libertad: si mi trabajo me la quitara, buscaría la manera de hacer otra cosa», dice Feliza en una entrevista y su frase puede leerse como la declaración de principios de una artista que traza su camino tanto en el arte como en el amor, la familia y la amistad, rompiendo a su paso con las tradiciones y los roles impuestos. Mientras la izquierda latinoamericana de los años sesenta y setenta toma posiciones respecto a la revolución cubana, primero, y la lucha armada, después, hay quien define a Feliza como una *rara avis* dentro de la bohemia bogotana: una anarquista por naturaleza que empatiza con las causas de la izquierda pero solo puede ir por libre. Las esculturas compuestas con desechos, las soldaduras y la exploración de lo cinético son una manifestación más de la búsqueda incesante de independencia de una mujer que, con una singular mezcla de osadía, humor y curiosidad, desafía las convenciones de lo que debe ser tanto en el hogar como en el ámbito artístico. Al comienzo de su carrera, contaría Feliza a una periodista, la tildaron de loca, pero dándole una vuelta de tuerca al comentario despectivo, encontró la clave, sintetizada en una frase, para que la tomaran más en serio: «En un país de machistas, ¡hágase la local!», diría, «porque a los locos no se los critica». Con ese aura de locura e insolencia, y el sarcasmo y la carcajada siempre a punto para desarmar a sus interlocutores, consigue la que viene a ser su mayor aspiración: apropiarse de su vida y no dejar que los demás la moldeen según sus reglas. Si-

guiendo el rastro de Feliza Bursztyn, *Los nombres de Feliza* despliega el relato de su existencia sobre el trasfondo de la historia de Colombia, y en cierta medida, de un continente, desde la época del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el Bogotazo hasta el decreto del Estado de Seguridad, en 1981, pasando por todos aquellos episodios que dan cuenta de las revueltas, las crisis políticas, las utopías y los giros dramáticos de un país adentrándose, más y más, en la violencia. A lo largo de la novela, lo personal y lo político se entrelazan continuamente, tanto en el caso de Feliza como de su familia y sus amigos, dejando entrever cómo los acontecimientos colectivos acaban determinando, muchas veces, los aspectos más íntimos de una biografía.

Reconstrucción del último día de Feliza Bursztyn y, a su vez, de su breve y fascinante vida, *Los nombres de Feliza* es también el relato de una búsqueda: la de un escritor que, impulsado por una pregunta, se embarca en una investigación para tantear respuestas en parte inaccesibles. Escribir sobre Feliza, entonces, es

contar, al mismo tiempo, las dificultades, incertidumbres y obsesiones que supone seguir un rastro que, en ocasiones, parece evidente, y en otras, se deshace en ambigüedades, contradicciones y las versiones incompletas de una artista que construyó su propia leyenda. Juan Gabriel Vásquez dice, en una entrevista publicada en la revista *Jot Down*, que la literatura no da solamente datos e información fáctica, como la historia o la sociología, aunque, a cambio, es una fuente de conocimiento de lo humano, con sus emociones, sus demonios y sus pulsiones inconscientes. Y en esta idea de la literatura está una de las claves de una novela escrita desde la certeza de que todo personaje real, a diferencia de aquellos que son pura invención, tiene siempre algo opaco: una porción de sí que escapa a la mirada ajena o al entendimiento. Verdades íntimas, como la tristeza de una artista exiliada, convertidas en un enigma que la literatura cuenta, no tanto para ofrecer una respuesta que ya se ha encontrado, sino para abrir aquellas preguntas que conjuran el olvido.

LOS PERSONAJES

FELIZA BURSZTYN

Nace en Bogotá en 1933 bajo el nombre de Felicia, que en la adolescencia cambia, sin permiso, por Feliza: una de las tantas variaciones de un nombre que arrastra erratas y cambios de grafía hasta la lápida de su tumba. Escoger la manera de llamarse es uno de los primeros gestos de independencia de una mujer que comprende, desde muy joven, que la libertad radica en poder inventar su propia vida y no dejar que sean los otros quienes la construyan. Dueña de un espíritu libre y una inconfundible carcajada, con la que remata frases sarcásticas dichas con más humor y timidez que malicia, consigue entrar en un mundo artístico reservado a los hombres, desafiar las convenciones sociales de su época, hacerse querer por sus amigos y sostener el vínculo con sus hijas, pese a la distancia que las separa durante gran parte de su vida. El sentido del humor que la caracteriza y esas ansias de libertad, sin embargo, parecen extinguirse cuando, tras su detención, debe dejar Bogotá, el único punto de anclaje para una mujer de ascendencia judía que lleva el éxodo incorporado en su historia. En el exilio, el recuerdo de la violencia vivida durante la detención vuelve una y otra vez, y la carcajada muta en fragilidad, desamparo y una tristeza que podría ser la explicación de su muerte prematura.

«Pero muy pronto me di cuenta de que entender a Feliza era una empresa difícil. Nada era sencillo cuando se trataba de ella. No era sencillo ni siquiera su nombre, que les enredaba la lengua a todos los que la conocieron y la obligó a pasarse la vida haciendo aclaraciones, corrigiendo ortografías, lamentando la errata ya irremediable de un titular de prensa o explicando ante cualquiera la historia entera de su familia, todo para terminar con la evidencia de que no había nadie más colombiano que ella, a pesar de los orígenes remotos de su genealogía y las demasiadas consonantes de su apellido» (pp. 13-14).

PABLO LEYVA

A Pablo, Feliza lo conoce en los años sesenta a través de sus amigos. Él es ingeniero químico, ocho años más joven, investiga acerca del medio ambiente y tiene un sueldo fijo, algo nada habitual entre la bohemia bogotana. Y sabe estar al lado de esta mujer, muchas veces indescifrable, acompañándola sin forzar nunca una pregunta. Juntos construyen una casa taller, recolectan material para las esculturas, visitan a las hijas de ella en Estados Unidos y se casan de improviso en Copenhague. Pero Pablo no puede ir con Feliza cuando debe abandonar Colombia y pasan varios meses hasta que se reúnen en París, donde él se encuentra con una mujer envuelta en una desconocida aura de tristeza y vulnerabilidad. En sus conversaciones con Vásquez, Pablo brinda pistas valiosas para entender a Feliza, a la par que se asoma, por primera vez en mucho tiempo, a algunos rincones de una memoria que acepta compartir.

«Según mis averiguaciones, el 8 de enero de 1982 el sol salió faltando 17 minutos para las 9 de la mañana. Cuando le enseñé el dato a Pablo, me dijo: “Sí, sí, yo me acuerdo. Amaneció tardísimo. Feliza dijo: carajo, por fin. Y yo recuerdo haber pensado otra cosa. Ahí estaba, sentado en el salón, haciéndome un café mientras Feliza se daba una ducha, y sólo podía pensar que por fin era viernes, que por fin se acababa la semana. Porque los dos estábamos agotados”. Pero no se trataba sólo del cansancio acumulado, ni de la tensión o la ansiedad de la nueva vida. A Pablo lo alegraba absurdamente que se acabara la primera semana del año porque así se encontrarían una semana más lejos del año anterior. Ese *annus horribilis*, le había dicho a Feliza en algún momento, y ella había contestado: “No me lo adornes con latín. Es simplemente un año de mierda”» (p. 26).

EL NARRADOR

En 1996, instalado en París, Juan Gabriel Vásquez es un joven estudiante que atraviesa un momento de incertidumbre respecto a su salud y, aunque no ha escuchado nunca hablar de Feliza Bursztyn, queda impresionado con la frase de Gabriel García Márquez que lee en una recopilación de las columnas de opinión del escritor. Es entonces cuando cristaliza en él la pregunta «¿por qué murió de tristeza?», motor de una investigación que se prolonga durante veintiocho años y lo lleva a reunir documentos y testimonios, y por último, a ir a París para escribir muy cerca de donde Feliza, a finales de los años cincuenta, se introduce en la escultura, el metal y la soldadura, ese mundo de hombres que decide hacer suyo también. La cercanía con Feliza, o su recuerdo, sin embargo, no lo explica todo acerca de una vida que contiene muchas zonas de sombra.

«No sé cuántas veces caminó Feliza por esta acera, ni cuántas veces pasó frente a estos ventanales, pero en algún momento de mi otoño comencé a imaginarla así, entrando por la puerta estrecha con sus pasos largos, soltando sus carcajadas estrepitosas que parecían llevar consigo su propio eco, sin sospechar siquiera que moriría a pocas cuadras de allí, en un restaurante ruso, frente a cinco personas que la querían. Y aquí estaba yo, en una habitación pequeña de la misma calle de la academia, cuarenta y un años y ocho meses después de la muerte de Feliza, dedicando mi vida a la suya, pensando en ella seis, diez, catorce horas al día, tratando de verla con claridad, mirándola con atención o mirando su fantasma: imaginándola, en resumen, como si tuviera que esculpirla en barro» (pp. 14-15).

LOS PADRES

A Jacobo y Chaja Bursztyn, un matrimonio de judíos polacos, el ascenso de Hitler al poder los sorprende de viaje por Colombia. El clima de odio que se extiende por Europa y el embarazo de Chaja los convencen de que es mejor quedarse en Bogotá, un destino al que llegan, como muchos judíos esparcidos por América, por una cuestión de azar que les salva la vida. La familia en Europa corre peor suerte, deportados a los campos y asesinados por los nazis, y la sombra del Holocausto acompaña a los Bursztyn, que se van asimilando al nuevo país, abren una fábrica textil y crían dos hijas bogotanas en un barrio burgués de la ciudad. Miembros de la comunidad judía colombiana, se ven salpicados por el escándalo cuando Feliza se separa de su primer marido para irse a vivir con un *goy*: una decisión ante la cual Jacobo reacciona organizando un funeral simbólico a su hija, desterrada de golpe de su familia. Con los años, sin embargo, la relación entre padre e hija se recompone, y a Jacobo lo llena de orgullo que Feliza sea invitada para exponer su obra en Israel, el país que fue el proyecto de juventud de él y su esposa. Allí se va a vivir Chaja cuando enviuda, un giro más dentro de una biografía familiar que, hecha de itinerancia y exilios, Feliza continúa.

«Feliza entendió que el dolor de su padre era verdadero, pero le pareció además entrever otros desórdenes: pues un clima envenenado se había instalado en la comunidad por su culpa, y las niñas no eran más que la encarnación en el mundo de esas ideas etéreas. Lentamente se dio cuenta de que unas inercias invisibles y monstruosas, que nadie podía controlar porque no estaban en ninguna parte, unas inercias que salían de los fondos más recónditos de las tradiciones y las memorias y las leyes que nadie había escrito nunca, fueron arrinconando a sus padres, exigiendo la reparación de algo que se había roto, no, exigiendo algo más fuerte todavía que sólo podía llamarse de una forma: expiación. ¿Fue decisión de

Jacobo? ¿Lo decidió con la complicidad de Chaja, o con su reticencia? ¿Cómo tomó forma la sanción o la condena, cómo se pronunciaban esas palabras? La verdad era que Feliza, con su comportamiento, había sacudido la tierra donde la comunidad de sus padres seguía buscando su precario equilibrio. Su padre, como figura de autoridad, estaba obligado a tomar medidas. Un castigo era necesario: un castigo ejemplar. Feliza, a pesar de ser la hija de Jacobo o justamente por eso, tenía que servir de ejemplo» (p. 89).

LARRY

Feliza conoce a Larry Fleischer, su primer marido, en la Liga de Estudiantes de Arte, en Nueva York. Ella es una de las alumnas más jóvenes, y él, un piloto que ha combatido en la Segunda Guerra Mundial y está allí gracias a un programa para veteranos creado no tanto para que aprendan arte, sino para salvarlos de la locura. Casarse, para Feliza, se presenta como una oportunidad de habitar el mundo adulto, pero tras tener a su primera hija descubre que el matrimonio es una trampa que la atrapa entre cuatro paredes y la aleja más y más de la pintura, la disciplina que había comenzado a explorar en la Liga. Larry, en cambio, aspira a encontrar cada noche a su esposa en casa con la cena a punto, y en el matrimonio no tardan en abrirse grietas que, una vez que se trasladan a Bogotá, dan paso a discusiones sin solución. Las ausencias de Feliza van tensando la relación con Larry, que llega a agredir a su esposa y cuando ella lo deja por Jorge Gaitán, decide llevarse, sin aviso, a sus tres hijas a vivir a Texas. Poco a poco, sin embargo, Feliza encuentra las vías para mantener viva la relación con las tres niñas que, a medida que llegan a la mayoría de edad, empiezan a visitar a su madre en Colombia.

«Feliza se despertaba con él en una habitación de olores recónditos, despojada de repente de la soberanía incontestable que había tenido sobre su cuerpo. Por las tardes lo esperaba con una comida que había arruinado sin remedio, y en las cenas tempranas, en delicadas coreografías, ponía la mesa con dos puestos, el de la cabecera y el suyo, y servía los platos sencillos con sus manos ligeras mientras preguntaba qué tal todo en el trabajo. Pero Larry no hablaba mucho del trabajo, así como no hablaba de su vida anterior: se sentaba en un sillón y se quitaba los zapatos, y dejaba un charco de nieve derretida en los diseños de la alfombra, y el charco se convirtió en una huella sucia cuando pasó el invierno. Feliza le hacía preguntas sobre su rutina, la gente a la que había visto y las historias que le habían contado, pero él no era una persona dada a contar historias: ni las suyas ni las ajenas. Hay gente para la cual no importan y ni siquiera existen los cuentos de los otros, gente que vive sin contar lo que vive, y así era su marido» (p. 64).

JORGE GAITÁN DURÁN

A través de su amiga Marta Traba, Feliza conoce al poeta Jorge Gaitán Durán, un hombre tímido que, nada más conocerlo, le habla de Baudelaire, del marqués de Sade, del arte, la revolución y el erotismo, y de *Mito*, la revista que dirige junto a Eduardo Cote y Hernando Valencia. Ambos están casados y tienen hijos pero nada de eso impide que se conviertan en amantes. Cuando el affaire llega a oídos de la esposa de Jorge, el escándalo estalla y Feliza deja a Larry para irse a vivir con su amante en París. Ella estudia arte y él parece existir, ante todo, para su escritura y su revista. Hay en él una libertad y una urgencia por vivir que atrae a Feliza y, aunque ambos han tenido que renunciar a mucho por su amor, el tiempo juntos es, para ella, un tiempo de felicidad. Jorge, sin embargo, es una figura hermética, a la que Feliza siente que no puede acceder completamente, y eso la lleva a decidir regresar a Colombia y continuar a distancia con una relación que termina de forma trágica cuando, yendo al encuentro con ella, él muere en un accidente aéreo.

«Se preguntaba si Jorge la necesitaba a su lado y se contestaba que no: este hombre no necesitaba a nadie. Jorge no vivía en ninguna parte, o, mejor dicho, vivía solamente en su cabeza, en las palabras de esa cabeza que no funcionaba como las otras, y Feliza pensaba en eso y la aliviaba no haber cambiado una jaula por otra» (pp. 129-130).

MARTA TRABA

Por la época en que Feliza se escapa de casa y su infeliz matrimonio con Larry para frecuentar galerías de arte y librerías, conoce a Marta Traba, una crítica de arte argentina que la introduce en la escena artística colombiana y se convierte en su referente femenino. Marta es una mujer audaz que, gracias a sus opiniones, consigue tener tantos defensores como detractores en el mundo de la cultura, y también, de la política. Sus declaraciones en el programa de televisión que conduce le causan problemas con varios gobiernos colombianos, pero nada parece detenerla, ni siquiera sus amigos. Admiradora del trabajo escultórico de Feliza, es una de las críticas que le brinda su apoyo desde el comienzo y la amistad entre ambas es una larga y rica historia de complicidades, compañía y algunos desencuentros.

«A Feliza le gustaron el hoyuelo de su mentón y la música de su acento, un porteño colombiano, pero también por una vida itinerante que la había llevado de Génova a París y de París a Santiago de Chile. Su conversación no se agotaba; lo que decía era siempre sugerente y a veces incendiario. Feliza nunca había

oído semejantes opiniones en boca de una mujer, y menos de una mujer como ésta, de nariz respingada y huesos de pajarito, que uno podría creer inofensiva si la viera sólo en fotografías. Tal vez era esa ligereza lo que confundía a la gente, o tal vez el pelo muy corto y meditadamente despeinado según las modas juveniles de otras partes, o tal vez la voz delgada y sin cuerpo; por la razón que fuera, Marta Traba daba la impresión extraña de haber salido apenas de la adolescencia, y entonces abría la boca y lanzaba dardos certeros sobre el arte como resistencia, el marxismo en América Latina o la guerra de Argelia, y la mitad de los hombres quedaban fascinados, y la otra mitad, irritados como si se hubieran revolcado en el pasto» (pp. 69-70).

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Feliza y Gabriel García Márquez se conocen el día de la inauguración de una exposición de las esculturas de chatarra en Bogotá. Él llega a través de Jorge Gaitán Durán, y ella, que había leído *El coronel no tiene quien le escriba*, lo abruma con sus elogios. A ese primer encuentro, a comienzos de los años sesenta, le sigue una larga amistad que continúa en el exilio, cuando Feliza, siguiendo los pasos de García Márquez, se hospeda en la casa del escritor y Mercedes Barcha en México, desde donde continúa viaje, gracias a una beca, hacia París. Allí vuelven a encontrarse a finales de 1981, pocas semanas antes de que ella muera repentinamente en presencia de su buen amigo.

«Una tarde, mientras Mercedes y Feliza daban una vuelta caminando por el barrio, me quedé solo con Gabo. “Así ha estado desde que llegó”, me dijo Gabo. “No para de hablar, no para de contar el arresto, las caballerizas, todo. Es como un disco rayado”. Yo le pregunté: “¿Y tú? ¿Tú cómo estás?”. Gabo fue muy parco: era como si de repente le molestara hablar de lo que le había pasado. Entonces hablé yo para contarle algo que él no sabía. Le conté que una tarde, saliendo de visitarlo a él en su apartamento de Bogotá, me encontré con Chepe, el conductor de confianza que lo llevaba de un lado al otro cuando pasaba por esa ciudad imposible. Le hice a Chepe una pregunta de cortesía, cómo van las cosas, cómo está todo. Y él empezó a hablarme de los carros que los seguían todo el tiempo, de las personas raras que los estaban esperando en cualquier lugar al que llegaran. Tenía miedo, eso era evidente, y se dio cuenta de que me había preocupado con sus palabras. Entonces me dijo: “Pero no se preocupe, don Pablo. Yo a ellos los defiendo con mi vida”. Gabo oyó mi relato sin decir nada» (p. 253).

LAS AMISTADES

En los años cincuenta, cuando regresa a Colombia en compañía de Larry y sus hijas, Feliza comienza a moverse por el circuito artístico de Bogotá y descubre allí el mundo que desea habitar. La amistad con Marta Traba y la historia de amor con Jorge Gaitán Durán la llevan a vincularse con artistas, escritores e intelectuales que, en muchos casos, se convierten en grandes amigos. Su vida se entrelaza con la de la artista Beatriz Daza, que muere en un accidente automovilístico en el que Feliza también queda malherida, los pintores Alejandro Obregón y Luis Caballero, el periodista Enrique Santos, otro de los comensales la noche de su muerte, el escultor César Baldaccini, un pionero del trabajo con la chatarra que le advierte que soldar no es para mujeres, o su maestro Ossip Zadkine, con quien Feliza toma clases en París a finales de años cincuenta, cuando a menudo suele ver a Alberto Giacometti, uno de sus referentes, borracho en un bar.

EXTRACTOS POR TEMAS

UN ESPÍRITU LIBRE

«La vida de Feliza tuvo mucho de leyenda, pero fue ella misma quien se encargó de construirla: con su libertad ostentosa, que a los ojos de tantos era un insulto, y con las respuestas crípticas que daba a los periodistas, como si nada la divirtiera más que despistarlos, y desde luego con las criaturas que salían de su taller, esos artilugios de metales diversos retorcidos con soplete, o esas instalaciones sibilinas que provocaban y confundían por partes iguales, pues nadie entendía que no tuvieran forma humana y consiguieran sin embargo despertar la compasión o la rabia o la risa o la lujuria como cualquier escena mitológica hecha con mármol de Carrara» (p. 14).

«Feliza se había sentado a la mesa, tal vez para hablar con Larry mirándolo a los ojos, pero en algún momento él se puso de pie y empezó a caminar, moviendo las manos gruesas, levantando más la voz iracunda. Se habló de Marta Traba, de artistas y poetas y periodistas,

del encierro y la libertad. “Yo sólo quiero hacer mi vida”, dijo Feliza. “Yo sólo quiero pintar mis cuadros”. En medio de la discusión, sus manos blancas y delgadas, esas manos que mezclaban colores y manejaban pinceles, se movían como pájaros furiosos y luego descansaban sobre la mesa. Fue entonces cuando Larry agarró una de esas manos, la derecha, la apretó contra la superficie de madera dura y le soltó un puñetazo, o más bien dejó que su puño cerrado cayera sobre ella, sobre la mano de Feliza, con el retumbe seco de un mazo de ablandar la carne» (p. 79).

«Se enamoró sin remedio. No se reconocía: se portaba como si el mundo no existiera por fuera del círculo que había trazado alrededor de Jorge, o como si lo que estaba sucediendo dentro de su círculo de deseo clandestino no tuviera consecuencias en ninguna vida ajena. Por primera vez pensó en sí misma antes que en los otros, y la sensación fue novedosa, como el descubrimiento del miedo» (p. 84).

«Feliza y Jorge habían perdido la comunicación con sus dioses, pero que allí, en ese avión nocturno, volando sobre el océano, iban a repararla juntos. El mundo nos hiere, nos persigue, nos envilece, le dijo, o algo así recordaría Feliza muchos años después. Nos toca a nosotros protegernos, cuidarnos del mundo. Uno siempre viaja al paraíso, le dijo, pero el paraíso no está nunca: también eso le dijo uno de esos días, tal vez en Madrid, tal vez después de tomar demasiado vino en una taberna oscura. Pero ella nunca había sido más feliz que entonces, caminando durante cuatro días por calles anónimas, sin encontrarse con nadie y sin que nadie la reconociera, hablando de Giacometti antes de acostarse con Jorge en una cama de hotel...» (p. 123).

«A Feliza le pedía que se pusiera unas gafas de soldador, que se cogiera el pelo con una cinta y que no se acercara demasiado, y ella obedecía; pero una vez se levantó las gafas brevemente, para saber cómo era en realidad la luz deslumbrante que salía del electrodo, y el resplandor azul fue tan fuerte que la dejó ciega durante unos segundos. El tío, como castigo, le prohibió volver al taller durante semanas, y la espera le pareció a Feliza casi insoportable: quería ver la luz de nuevo, ese azul sobrenatural que se le había adherido a la retina para siempre, y se imaginaba que así debía de ser el nacimiento abrupto de una estrella» (p. 125).

«Le correspondía a ella y a nadie más transformar la muerte en otra cosa, darle una respuesta o ponerle la cara y de-

safiarla con la simple insolencia de sus ganas de vivir, y lo que no podía hacer era aceptar las talanqueras que la ciudad o el país (su temperamento inquisidor y desconfiado, su dedo censor permanentemente enhiesto) le estaba presentando todo el tiempo. Había que ser respondón con la vida, sí, porque uno tenía dos opciones: o vivir su propia vida o que los demás *se la vivieran*» (p. 159).

EL EXILIO

«*Exiliada*: la palabra nunca le había gustado a Feliza, pero había llegado a aceptar que ninguna era más conveniente: *expatriada* no le bastaba, *refugiada* le parecía incómoda y *asilada* tenía algo débil, un olor de vulnerabilidad, la sugerencia de una invalidez. Y cuando le habló de eso a Pablo, él se puso serio. “Entiende una cosa”, le dijo: “Aquí los exiliados somos los dos. Aquí estamos, aquí nos vamos a quedar. Tú vas a hacer tu trabajo y yo voy a hacer el mío. Y esta vaina va a seguir adelante”. *Esta vaina*: la vida, la vida juntos. La vida va a seguir adelante» (pp. 29-30).

«Fue una de tantas [conversaciones] que se dieron sobre el pasado y sobre el futuro, todas iguales a sí mismas, pero ésta había llegado, por meandros imprevistos, a una pregunta nueva, una pregunta temible que ninguno de los dos había querido hacer primero. Feliza se atrevió: “¿Tú crees que volvamos algún día?”. Y a Pablo, que no era un hombre de rencores, que perdonaba con facilidad y tenía un talento envidiable para olvi-

dar las ofensas, lo sorprendió su propia reacción. “¿Después de lo que te hicieron?”, se oyó decir. “No, no. Mientras siga esa gente por ahí, yo allá no vuelvo. Y espero que tú tampoco”. No hablaron más del asunto, pero era evidente que Feliza no había quedado satisfecha. Su pregunta iba más allá: lo que necesitaba saber no era tanto si algún día iban a regresar a Colombia, sino qué perdería Feliza si decidiera no hacerlo» (pp. 38-39).

«No volver era ponerle el punto final a una historia de décadas cuyo comienzo se remontaba a los años treinta: cuando, encontrándose de viaje en Colombia, sus padres decidieron que era mejor no regresar a Polonia. “Y ahora me pregunto: ¿y si hubieran vuelto?”, decía Feliza. “Ésa es la pregunta, Pablo. ¿Y si hubieran vuelto a Polonia? ¿Qué habría cambiado?”. Y él entendía. A veces le daba la impresión de que no había pasado un solo día de este exilio sin que se asomara entre ellos, más o menos formada, más o menos intensa, la misma pregunta incómoda sobre las posibilidades que no se dieron. Si Feliza no hubiera nacido en Colombia, si sus padres no hubieran estado de viaje cuando Hitler subió al poder, si su madre no se hubiera dado cuenta de su embarazo en 1933, ¿cómo habría cambiado su vida? ¿Estaría donde estaba ahora, en este apartamento que no era suyo, rodeada de muebles que no eran sus muebles, lejos de su casa y de sus cosas y de las memorias de su familia?» (pp. 42-43).

EL LEGADO DE UNA FAMILIA JUDÍA

«Así había crecido Feliza: en la casa burguesa de una familia de extranjeros respetados que vivían agradecidos con su país de acogida. Jacobo no sólo proclamaba cada vez que podía la suerte de haberse encontrado en Colombia cuando Hitler fue elegido canciller, sino que recordaba a la menor oportunidad cómo había comenzado muy pronto a ser anfitrión de otros, ocupando sus horas en gestiones, escribiendo cartas, mandando dinero, consiguiendo que unos cuantos familiares y no pocos amigos fueran admitidos en los consulados colombianos, todo a pesar de que el gobierno hubiera dado la orden de suspender los visados para *elementos judíos*» (p. 53).

«Jacobo y Chaja la recibieron con los brazos abiertos y le ofrecieron su apoyo, como si le presentaran un armisticio por una guerra que ninguno había deseado, y Feliza fue la primera sorprendida al darse cuenta de que no les guardaba ningún resentimiento: más bien sentía una cierta compasión por sus padres, cuyas vidas estaban atadas a un mundo anterior y lejano con el cual no podían cortar, porque hacerlo no era sólo liberarse de leyes caducas, sino también de memorias y lealtades e incluso de muertos, y cortar amarras con los muertos era lo único que no podían permitirse» (p. 119).

«Sí, viajaría a Jerusalén y sería como encontrarse con el pasado de su apellido, o con una parte de ese pasado, y sería encontrarse también con esa fe que ya

había abandonado para siempre, y que sin embargo daba forma a su vida: la fe que una vez la había expulsado de su familia. Eso era lo que le había sucedido años atrás, ¿no era cierto? Una vez la desterraron; ahora la admitían de nuevo: el viaje sería un reencuentro con el pasado de su estirpe. Fue por esos días cuando se topó con la foto del abuelo Isaac y la abuela Lente sentados bajo un árbol, en verano, años antes de que el abuelo muriera a manos de los nazis, y usó la foto para pintar el retrato al óleo que hizo llorar a su padre. El llanto de Jacobo selló algo nuevo, como si su relación con Feliza hubiera vuelto a empezar, y a partir de entonces pasaron más tiempo juntos, él contándole historias de la familia, hablándole de Polonia, reviviendo para ella la memoria de esos muertos lejanos» (pp. 145-146).

LOS NOMBRES DE FELIZA

«¿Era yo un intruso, un impertinente, por querer saber de Feliza Bursztyn, por querer incluso conocerla hasta donde fuera posible, o conocerla tan bien como para contar el mundo desde sus ojos?» (p. 16).

«Toda persona, en un momento o en otro, imagina la posibilidad de ser otra en otra parte: en otro cuerpo, en otro tiempo, en otro país. En el caso de Feliza, sin embargo, esa especulación cobraba un sentido más concreto, porque su vida entera podía leerse como el resultado de una sola decisión azarosa. Cuántas veces le había contado Feliza la misma histo-

ria, a él solo o a otros en su presencia, desde el día en que se conocieron... La historia siempre terminaba con la misma frase: “Todo fue por culpa de un barco”. Era lo que decía Feliza porque así lo había dicho su padre» (p. 43).

«En mi correspondencia con Pablo, en videollamadas que hacíamos cada vez con más frecuencia, yo le había preguntado cómo era la radio del salón, qué forma tenía la cicatriz de la mano de Feliza, qué detalles exactamente le había contado Feliza sobre la agresión de su marido o sobre el funeral de su primera muerte. Luego, hablando del 8 de enero, le pregunté qué música habían escuchado en la mañana, qué libros estaban leyendo en esa época, si es que la cabeza les daba para leer libros, y qué marca de cigarrillos fumaban, si es que estaban fumando. Y era difícil explicar que esos detalles, aparentemente inanes o superfluos, eran la única manera que yo conocía de acercarme a mi objetivo final: levantar su peso con mi sensibilidad, podríamos decir. O también: percibirlos con el alma» (pp. 94-95).

«Feliza leyó esas frases tantas veces en el curso de aquel domingo, y las leería tantas veces los días siguientes, que los pliegues del papel delgado de la página comenzaron a romperse de puro desgaste. Pensó en mandarle el artículo a Larry y luego se rio de su propia mezquindad inofensiva. Pero lo que más la conmovió fue ver su nombre, que Jorge había escrito dos veces, una al principio de su artículo y una al final, sin equivocarse en una sola letra» (p. 120).

«La palabra ostracismo viene de *ostraka*, los pedazos de cerámica donde los atenienses, reunidos en asamblea, grababan el nombre de quien había atentado contra la comunidad con su comportamiento. Luego los pedazos se llevaban a una parte del ágora rodeada por un cerco de madera, y los magistrados los apilaban y los contaban, y el ciudadano cuyo nombre apareciera más veces era desterrado con la prohibición de volver a la ciudad antes de que diez años hubieran pasado. Ahora, mientras escribo, pienso en el nombre de Feliza, que tanta gente escribió mal en el curso de la vida, que ella adoptó sin pedir permiso ni esperar aprobación siendo apenas una adolescente: cuando el nombre que recibió de sus padres, Felicia, dejó de parecerle conveniente o preciso. Después averigüé que Felicia no era ni siquiera el primer nombre que sus padres le quisieron dar. Pero nada de eso importa ahora. Sea cual sea la palabra, la imagino así, repetida en pedazos rotos de vasijas griegas, miles de

veces, escrita por miles de manos distintas, bien o mal, miles de personas escribiendo al mismo tiempo los nombres de Feliza» (p. 251).

«En eso pensaba yo al llegar al cementerio con la impresión de estar terminando un largo viaje, pues habían pasado veintisiete años desde la tarde en que leí, durante mi primera temporada en París, la columna que había publicado García Márquez tras la muerte de su amiga Feliza. “Se murió de tristeza”, escribía allí García Márquez, y fue entonces cuando me pregunté por primera vez por qué estaba triste Feliza, y fue entonces cuando me respondí que nunca lo sabría: ni yo ni nadie, porque hay verdades que desaparecen con quien muere y ni sus seres más queridos logran conocer. Ocurren en un territorio de nuestra conciencia que no es accesible, que es invisible y está irremediablemente oculto, y no hay nada que podamos hacer para visitarlo. O casi nada» (pp. 272-273).

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Los nombres de Feliza* es el resultado de una investigación que lleva a Juan Gabriel Vásquez a indagar en la vida de Feliza Bursztyn, con cuyo nombre se encuentra por primera vez en un artículo de Gabriel García Márquez. ¿De dónde diríais que surge la curiosidad que siente por este personaje? ¿Por qué, para él, Feliza es una figura difícil de entender y no un libro abierto, como dice la madre de la artista? ¿En dónde radica la dificultad?
2. Según Gabriel García Márquez, su amiga muere de una tristeza que se instala en el cuerpo cuando se ve obligada a irse de Colombia. A partir de la reconstrucción que Vásquez hace de los últimos días de Feliza en París, ¿cómo describe la novela la experiencia del exilio? ¿A través de qué detalles se cuenta esta experiencia? ¿Y por qué pensáis que el autor alterna el relato de la vida de Feliza con la reconstrucción pormenorizada de su última jornada?
3. Siendo apenas una adolescente, Feliza es enviada a estudiar a Nueva York por sus padres. Años más tarde, se va a París con Jorge, y a las largas temporadas viviendo fuera de Colombia se suman los viajes para exponer su obra. Se trata de experiencias que a ella parecen darle felicidad o una cierta plenitud. Tener que irse del país en calidad de exiliada, sin embargo, la desarma anímica y físicamente, ¿por qué? ¿Qué significa para ella el exilio? ¿Y qué significa su hogar en Bogotá?
4. Hija de un matrimonio de judíos polacos que abandonaron Europa antes de la llegada de Hitler al poder, Feliza pertenece a un linaje atravesado por la experiencia del desarraigo. ¿Cuánto pesa esta vivencia en ella? ¿Es en ese legado donde nace su necesidad de arraigo en Bogotá? ¿Qué representa para ella su casa taller?

5. El escritor Sergio Chejfec, argentino de origen judío, dice en una de sus novelas que mientras parte de su familia fue asesinada de manera brutal en Europa, la casualidad había hecho que, gracias al éxodo de su padre, él pudiera nacer en Buenos Aires. En esta reflexión, la casualidad se presenta como la frontera entre el horror y la supervivencia de los judíos durante el nazismo. Para Feliza, el azar, es decir, que sus padres hayan llegado a Colombia y decidan quedarse allí cambia por completo su historia y la de su familia. ¿Cómo convive ella con el factor de la casualidad en su biografía? ¿Y qué la lleva tantas veces a especular acerca de las vidas que podría haber tenido?
6. Feliza pertenece a una generación de descendientes de judíos europeos que se alejan del mundo de sus padres: ella no habla hebreo ni yiddish, no aspira a construir el Estado de Israel y se va a vivir con un *goy*. Pero viajar a Israel para exponer su obra es un proyecto que la entusiasma, y años más tarde, estando exiliada en París siente la necesidad de visitar el monumento a los deportados. ¿Cómo se relaciona con el legado familiar? ¿Qué actitud tiene respecto a sus orígenes? ¿Y qué elementos toma para construir su identidad?
7. Desde muy joven, Feliza persigue la libertad como máximo valor, al punto de llegar a decir en una entrevista que si su trabajo artístico le restara libertad, lo dejaría. ¿Cómo es la búsqueda de libertad en su vida y en el arte? ¿Se trata de una búsqueda personal o diríais que Feliza, en cierta forma, encarna el espíritu de su época? ¿Y qué coste tiene para ella sus ansias de libertad?
8. Entre otros aspectos biográficos, la novela cuenta la relación de Feliza con sus tres parejas: Larry, Jorge y Pablo. ¿Qué lugar ocupa el amor en la vida de ella? ¿Y en qué se diferencia o qué tienen en común las tres relaciones? ¿Cuál es el papel de Pablo, su último marido, en la vida de Feliza? Y para Vásquez, ¿cuál es el rol de este personaje en su investigación?
9. Las amistades de Feliza también ocupan un lugar importante en la novela, desde su relación estrecha con Marta Traba hasta el vínculo con

Gabriel García Márquez, cuya reflexión acerca de la muerte de la artista funciona como disparador de la investigación de Vásquez. ¿Cuál es el lugar de la amistad en la vida de Feliza? ¿Qué busca ella en la amistad? ¿Y qué encuentra en el círculo de la bohemia bogotana?

10. A lo largo de la novela, los aspectos biográficos se entrelazan con un relato de los acontecimientos que tienen lugar en Colombia entre los años cuarenta y la fecha de la muerte. A partir de este relato de vida, pero también de la historia de sus padres quedándose en América para salvarse del nazismo, ¿cuál es la reflexión que se abre en la novela acerca de cómo influyen los acontecimientos históricos en las vidas de las personas?
11. Sus padres querían llamarla Feigele, pero decidieron ponerle Felicia, nombre que ella misma cambia por Feliza. Desde entonces los cambios de grafía y las erratas acompañan a una mujer cuyo nombre pareciera no ser nunca el mismo. En la novela, ¿qué sentido adquieren estos continuos cambios de nombre? ¿Los nombres de Feliza se convierten en una metáfora que habla acerca de ella? ¿O acerca del reto de contar la vida de otro?
12. *Los nombres de Feliza* es una novela que cuenta la vida de Feliza y sus últimos días, narrando, al mismo tiempo, la investigación que emprende Vásquez. ¿Qué sucede con el límite entre realidad e imaginación en la novela? ¿Se pueden distinguir? ¿Y por qué pensáis que Vásquez escribe una novela en lugar de hacer una biografía? ¿Qué posibilidades o herramientas le brinda un género como la novela para contar la historia de Feliza?
13. Según el autor, entender a Feliza es una tarea difícil y, por más que intente reconstruir su vida, existen muchas verdades que parecen haber desaparecido con ella. En este sentido, ¿cuál es según el autor la diferencia entre un personaje real y uno ficcional? ¿Qué nos dice la novela acerca de la posibilidad de conocer al otro o acceder a todas sus facetas? ¿Y acerca del papel de la literatura para contar una vida? ¿Hasta dónde es posible llegar a contarla? ¿Y hasta dónde es legítimo?

14. En una entrevista, Juan Gabriel Vásquez dijo que la literatura no da solamente datos e información fáctica, como la historia o la sociología, pero, a cambio, es una fuente de conocimiento de lo humano. ¿Qué opináis de esta visión de la literatura? ¿Pensáis que esta idea de literatura se materializa en *Los nombres de Feliza*? Y en vuestra opinión, ¿la literatura tiene una función? ¿Cuál?

EL AUTOR



JUAN GABRIEL VÁSQUEZ (Bogotá, 1973) es autor de las colecciones de relatos *Los amantes de Todos los Santos* y *Canciones para el incendio* (Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana) y de las novelas *Los informantes*, *Historia secreta de Costaguana*, *El ruido de las cosas al caer* (Premio Alfaguara, Premio Gregor von Rezzori, International IMPAC Dublin Literary Award), *Las reputaciones* (Premio Real Academia Española, Premio Literario Arzobispo Juan de San Clemente, Prémio Casa da América Latina de Lisboa), *La forma de las ruinas* (Premio Literário Casino da Póvoa), *Volver la vista atrás* (Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa, Prix du Meilleur Livre Étranger, Premio de Novela Europea Casino de Santiago) y *Los nombres de Feliza*. Vásquez ha publicado también

tres libros de ensayo, *El arte de la distorsión*, *Viajes con un mapa en blanco* y *La traducción del mundo*; una recopilación de sus textos periodísticos sobre política colombiana, *Los desacuerdos de paz*, y un libro de poemas, *Cuaderno de septiembre*. Ha traducido obras de Joseph Conrad y Victor Hugo, entre otros. Por el conjunto de su obra ha recibido distinciones como el Prix Roger Caillois, el Premio Metrópolis Azul, la Orden de las Artes y las Letras de la república francesa y la Orden de Isabel la Católica. En 2022 fue nombrado Escritor internacional por la Royal Society of Literature. Ha recibido el Premio Cálamo Extraordinario 2024 por el conjunto de su obra. Sus libros se publican en treinta lenguas. Es columnista del periódico *El País* y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA:

«Entre las pocas novelas que leo, hay varios latinoamericanos, por ejemplo, Juan Gabriel Vásquez. Me parece un verdadero novelista. En Latinoamérica, la novela sigue viva, no ha perdido aliento.»
Emmanuel Carrère

«Vásquez ha sucedido a García Márquez como el gran maestro literario de Colombia».
Ariel Dorfman, *The New York Review of Books*

«Vásquez ha acumulado una obra impresionante, una de las más impactantes que hayan surgido en Latinoamérica en lo que va del siglo».
David Gallagher, *The New York Review of Books*

«Muy buen escritor, entre mis favoritos de los autores latinoamericanos».
Benjamín Prado, *La Ventana* (Cadena Ser)

«Uno de los escritores más grandes del mundo».
Andrea Bajani, *La Repubblica*

«Un escritor magistral. Juan Gabriel Vásquez tiene muchos dones —inteligencia, ingenio, energía, una vena de profundos sentimientos—, pero los usa con tanta naturalidad que muy pronto uno deja de sorprenderse de sus talentos, y entonces la extraña y hermosa brujería del relato toma el control».
Nicole Krauss

